

este tiempo que perdemos sin pesar ni cuidado. ¡Cuán precioso se presenta en la hora de la muerte el tiempo que ha pasado para nosotros! pero ¿de qué consecuencia no aparece entonces la pérdida irreparable que hemos hecho de él? Enojosa ociosidad, ¡qué de tesoros me has hecho perder! visitas inútiles, vanas y fastidiosas conversaciones, diversiones frivolas; cuánto me costais! ¡O Dios mio, si tuviese yo una hora de aquel tiempo tan mal empleado! dice uno que se está muriendo, ¡qué uso no haria yo de él! Pero yo he tenido aquellas horas, he tenido á mi disposicion muchos meses y muchos años, y por mi pura necedad he perdido aquellos preciosos dias; ¿que se debe, pues, ahora pensar del tiempo que se emplea, que se pierde desgraciadamente en el juego, en los espectáculos, en los entretenimientos tan vacíos y aun criminales, en las reuniones mundanas? ¡Ah! las dos terceras partes de la vida son perdidas: el tiempo aun menos mal empleado exige acaso penitencia. ¡Buen Dios! ¡cuál será nuestra suerte! *Obremos bien, ya que tenemos todavía tiempo.* Rescatemos el tiempo perdido, empleando en buenas obras el poco que nos resta.

El evangelio de la misa es lo que sigue del cap. 4 del de san Lucas.

En aquel tiempo: Habia cierto señor, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. Sabido por este señor que Jesus habia venido de Judea á Galilea, fué á verle, y le suplicó que viniese á curar á su hijo que se moria. Díjole, pues, Jesus: Vosotros, si no veis milagros y cosas prodigiosas, no creéis. El señor volvió á instar á Jesus, diciéndole: Venid, Señor, antes que mi hijo muera. Vé, le dijo Jesus; tu hijo vive. Creyó lo que Jesus le dijo, y se fué. Cuando aun es-

taba en el camino, encontró á sus criados que le hicieron saber que su hijo estaba sano. Informóse de ellos á qué hora habia mejorado el enfermo; á lo cual le respondieron: Ayer á la séptima hora del dia le dejó la fiebre. Conoció el padre que aquella era la hora en que Jesus le habia dicho: Tu hijo vive; y creyó él, y toda su casa.

MEDITACION.

DE LA PRONTA OBEEDIENCIA Á LA VOZ DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuanto importa ser fiel á la gracia; la curacion del alma, la salvacion depende de esta fidelidad. Hay dias afortunados, hay momentos felices en que la gracia hace impresion, en que la voz de Dios se deja oír: ¡qué desgracia el hacerse entonces el sordo! ¡el empeñarse en ser incrédulo! Si el padre de que habla el evangelio no hubiese creído en el momento lo que el Salvador le decia, si no hubiera sido dócil, tal vez su hijo no hubiera sanado nunca. Hé aquí que todo lo hemos dejado, decia san Pedro á Jesucristo en nombre de todos los apóstoles, esto es, á la primera palabra vuestra, en el momento de la inspiracion, al primer destello de vuestra gracia lo hemos dejado todo. Quien dice todo, nada exceptúa: marca, redes, padres, amigos, todo lo mas amado que teniamos en el mundo. Esta generosa fidelidad, esta prontitud es la que gana el corazon de Dios; cuando se duda en materia de fe, nada se cree; cuando deliberamos tratandose de la conversion, no nos convertimos. La universalidad de donacion en el sacrificio constituye el holocausto, y esto es lo que agrada verdaderamente al Señor.

Desgraciado aquel que no obedece con prontitud á la voz del Señor; desgraciado el que parte su corazón entre Dios y las criaturas. Dios llama: ¿y se delibera, se consulta la inclinación, las pasiones, la carne y la sangre, el amor propio, para saber de ellos, por decirlo así, si se aceptará el partido que Dios nos ofrece? ¿si se entrará en su servicio? Esas semivoluntades, esos deseos ineficaces, esas indeterminaciones odiosas, ¿significan otra cosa? Dios me llama en lo interior del corazón. ¿Dios me llama? ¿y yo no sé si le obedeceré? ¿y yo dudo si me he de rendir á su voz? Hace un mes, hace seis, tal vez muchos años, que Dios nos pide el sacrificio, no de todos nuestros bienes ó de nuestra propia vida: ¡ah! ¿deberíamos negársele si nos lo pidiese? pero lo que nos pide es solo el sacrificio de un placer, de una diversion, de un apego vano y frívolo, de una nada; nosotros se le negamos, y no queremos tener ni aun esta deferencia á las órdenes de nuestro Dios, y no estamos dispuestos á agradarle. ¿Comprendemos bien la malicia de esta negativa, y la gravedad de esta injuria? Sin embargo, el Dios á quien negamos esta reforma, este pequeño sacrificio, esta nada, es el Dios de quien esperamos gracias continuas, el perdón de muchas faltas, y el de la denegación misma que le hacemos todos los días de sus propios bienes. Confesemos que nuestra conducta está llena de contradicciones, de irreligion y de injusticias.

¡Cuándo abriré yo, Señor, los ojos para ver mis extravíos, y para estremecerme todo lo que debo de mi lamentable é irreligiosa conducta, si no lo he hecho hasta el presente!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no basta romper los lazos que nos atan, desprender nuestro corazón, dejarlo todo, vencerlo todo; inútilmente nos pondríamos en estado de marchar, si no siguiésemos á una buena guía. Todo lo hemos dejado, dicen los apóstoles al Salvador del mundo, y os hemos seguido: hé aquí propiamente lo que constituye su mérito. Solo en esta imitación, según parece, funda Jesucristo el derecho á la recompensa: Vosotros que me habeis seguido, les responde, juzgaréis á todo Israel. Y en efecto, ¿de qué serviría haberlo dejado todo, y no seguirle? Este desasimiento quita los obstáculos; pero la virtud no se adquiere sino siguiendo á este divino modelo.

¡Qué lección mas importante para las personas religiosas! pero ¡qué desgracia para ellas, si después de haber roto tantos lazos, después de haber hecho aun tantos sacrificios, se hallasen al fin de su carrera sin haber seguido á Jesucristo! ¿Podrán todas decir con confianza á este divino Salvador, á este soberano Juez: lo hemos dejado todo, y os hemos seguido? ¿y en qué vendrán á parar las que no tuvieron derecho para decirselo?

Pocos hay aun en el mundo que no estén obligados á dejar muchas cosas por Jesucristo; ninguno que no deba indispensablemente desprender su corazón del afecto á todo lo que posee, si quiere ser discípulo de Jesucristo; ninguno que no deba renunciar á sí mismo: pero todo el mundo ¿podrá decir que ha seguido á Jesucristo?

Seguir á Jesucristo es ser humilde de corazón; es ser puro, inocente, dulce, mortificado, caritativo;

es llevar su cruz todos los días, hacerse todos los días violencia, domar el amor propio y las pasiones todos los días; es seguir las máximas de Jesucristo, y tener horror á las máximas del mundo.

Aquella persona religiosa, tan poco mortificada tan poco exacta, tan poco regular, ¿habrá seguido á Jesucristo? ¿Habrá seguido á Jesucristo aquel hombre tan vano, tan ambicioso, tan carnal, tan sensual y tan colérico? Aquella mujer mundana, cuya ocupacion ha consistido en los adornos y la vanidad, y que pasa los días en la ociosidad, en los placeres, en la molicie; aquella mujer tan indevota, tan poco cristiana, ¿sigue á Jesucristo? ¿le sigo yo mismo?

¿Cosa admirable! cada uno espera la recompensa, aunque son tan pocos los que cumplen las condiciones que pide; cada uno quiere decir con los apóstoles, ¿qué habrá para nosotros? pero pocos son los que pueden decir como ellos: os hemos seguido, y todo lo hemos dejado por vuestro amor. Porque ¿quién hay que no pretenda conseguir el cielo? ¿quién hay que no crea estar algun día en la gloria de los bienaventurados, y tener parte en la misma recompensa? ¿Y sobre qué aseguramos esta dicha? ¿en qué estriba esta confianza?

Estriba, Señor, en vuestros méritos infinitos, en vuestra misericordia, en vuestra bondad; aunque yo sé también que debe estribar en vuestras palabras y en vuestros ejemplos. Hasta aquí ha sido falsa esta confianza presuntuosa; pero ¡oh amable Jesus mio! ella va á hacerse real y perfecta haciéndose cristiana y racional. Preciso es indispensablemente imitaros y seguiros para tener derecho á vuestra recompensa; esto es lo que estoy resuelto á hacer de aquí en ade-

lante, mediante vuestra gracia, á la cual no quiero resistir por mas tiempo.

JACULATORIAS.

Atraedme, Señor, en pos de vos, á fin de que os siga á largos pasos, siguiendo vuestros ejemplos. *Cant. 1.*

Si hoy oimos la voz del Señor, obedezcámosle sin dilacion. *Salmo 9.*

PROPOSITOS.

1.º *Los deseos matan á los perezosos*, dice el Sabio, porque son mas bien deseos imaginarios que verdaderos: imaginámonos querer lo que conocemos que es bueno y necesario; pero realmente no lo queremos, puesto que nada queremos hacer para adquirirlo. Guardémonos no suceda lo mismo con los deseos infructuosos que tenemos en nuestras meditaciones y en nuestras lecturas. Los deseos reales y eficaces alimentan al alma, porque son el manantial de las buenas obras; pero los deseos imaginarios y pasajeros la matan, porque entreteniéndola con mil proyectos de conversion, todos á cual mas inútiles, son causa, por decirlo así, de que se muera sin llegar á ejecutarlos. En este sentido se ha dicho que el infierno está lleno de buenos deseos. No nos contentemos con decir, esto es verdad, nada mas conveniente, nada mas ordinario: examinemos seriamente lo que nos dice nuestro corazon; y si hemos verdaderamente renunciado á todo lo que poseemos, en el sentido que Jesucristo lo entiende y lo exige indispensablemente de todos los que quieren ser discipulos

suyos, esto es, si estamos dispuestos à sacrificar hasta lo mas precioso y querido que tenemos en el mundo antes que desagradar à Dios. El entendimiento, en esto como en otras muchas cosas, es con frecuencia el juguete del corazon; lisonjeámonos de no estar apegados à ningun bien criado, y somos esclavos de ellos. El trabajo que cuesta el pagar à los trabajadores y à los domésticos, el hacer las restituciones, satisfacer los legados piadosos y hacer limosnas no prueba un gran desprendimiento. No nos equivoquemos, hagamos hoy sin mas dilacion lo que deberíamos haber hecho ya hace mucho tiempo. Las personas religiosas están obligadas à un gran desapropio; no basta que sea simplemente afectuoso, debe ser real. Cercenemos hoy mismo lo que algun dia debe alarmar nuestra conciencia y hacer nuestro proceso.

2.º Los buenos deseos deben siempre ir acompañados de las prácticas morales. No es posible que no haya mucho superfluo en todo ese aparato de adornos. Quitemos hoy algunas de esas piezas inútiles, ó al menos poco necesarias; la modestia cristiana encuentra muchas superfluas: no esperemos à que un revés de fortuna, la edad ó la muerte nos despojen de ellas; hagamos por nosotros mismos este pequeño sacrificio. Pocas personas hay que no hallen el dia de hoy alguna cosa que quitar ó que reformar, si quieren prestarse dóciles à la gracia. Si, pues, hoy oímos la voz de Dios, obedezcámosla fielmente, y no endurezcamos nuestros corazones, rehusando ó trasladando à otro dia lo que Dios nos inspira que hagamos hoy. ¿Qué sentimiento para los que habiendo leído esto, no hubieren sacado ningun fruto de ello!

VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase este dia el domingo de los dos deudores, ó del perdon de las injurias, desde que se ha tomado para el evangelio de la misa la parábola de los dos deudores, segun la refiere san Mateo, la cual nos enseña à perdonar à nuestros hermanos de lo íntimo de nuestro corazon las ofensas que hemos recibido de ellos, si queremos que Dios nos perdone los pecados que hemos cometido contra él. La epístola que precede à este evangelio está tomada del sexto y último capítulo de la carta de san Pablo à los cristianos de Efeso, en la que, despues de haber exhortado à todos à cumplir con las obligaciones de su estado; à los hijos à obedecer à sus padres, y à los siervos à sus señores; à los padres y madres, igualmente que à los señores, à que tengan presentes sus obligaciones con sus hijos y con sus siervos; les advierte que para resistir à los enemigos invisibles de nuestra salvacion, es menester revestirse con las armas de Dios, las cuales señala circunstanciadamente, y concluye su carta encomendándose à sus oraciones.

El introito de la misa está tomado de la oracion que hizo à Dios Mardoqueo con el pueblo judío, para suplicar al Señor que se dignase mirar las lágrimas y los gemidos de un pueblo consagrado singularmente à él, y al que el orgullo de un solo hombre